

SAN MELITÓN Y TREINTA Y NUEVE SANTOS MÁRTIRES DE SEBASTE

Día 10 de marzo

P. Juan Croisset, S.J.

Al mismo tiempo que el emperador Constantino hacía triunfar la Iglesia de Jesucristo en su imperio de Occidente, su cuñado Licinio perseguía en todo el Oriente, con bárbara crueldad, á los cristianos. Vencido por Constantino en el año 314, y obligado á cederle la Iliria y la Grecia, entró en tanto furor, que, no pudiendo vengarse de su vencedor, descargó toda la cólera sobre los cristianos, á quienes en todas partes protegía el piadoso Constantino, y los hizo una cruel guerra.

Al principio procedió con algún reparo, y, para perseguirlos, buscaba algún pretexto político, fundado en razón de estado; pero después se declaró abiertamente contra la religión, y, para ofender más á Constantino, resolvió exterminar de todo su imperio á los cristianos.

Fue horrible y sangrienta la persecución en todo el Oriente. Inventáronse nuevos tormentos; hubo pocos ministros de Jesucristo que no confirmasen la fe con su sangre; pocos cristianos que no fuesen ó sepultados en espantosos calabozos, ó desterrados á países bárbaros é incultos, ó coronados del martirio.

Los mártires más ilustres que debe la Iglesia á esta sangrienta persecución fueron los cuarenta soldados de Sebaste. San Gregorio Niseno los llama defensores de la fe y torreones de la ciudad de Dios, siendo pocos los Santos Padres que no los consagren también semejantes

ó mayores elogios.

Hacia el fin del año 319, quitándose la máscara Licinio y declarándose enemigo capital de los cristianos, expidió un decreto mandando á sus gobernadores que obligasen á rendir sacrificios á los ídolos á todos los vasallos de su imperio.

Uno de los que se mostraron más celosos en dar puntual cumplimiento á las órdenes del Emperador fue Agrícola, gobernador de Capadocia y de la Armenia Menor, que tenía su residencia en la ciudad de Sebaste. Apenas se publicó en la ciudad el decreto de Licinio, cuando cuarenta soldados de la guarnición, todos jóvenes, todos bien dispuestos, todos de valor y todos distinguidos en la tropa por sus señalados servicios, fueron á presentarse al gobernador y le declararon intrépidamente que eran cristianos, y que estuviese cierto que ningún suplicio sería capaz de moverlos á abandonar la religión que profesaban. Llegó á este tiempo Lysias, general de la frontera; y, pareciéndole que su autoridad y sus razones podrían bastar á reducirlos, los representó que, habiendo merecido por sus bellas acciones los elogios y aun el favor del Soberano, no sólo perderían su fortuna desobedeciendo á sus órdenes, sino que seguramente se precipitarían en las mayores desdichas, padeciendo, por fin de ellas una muerte ignominiosa.

Pero la pronta y generosa respuesta de los héroes de Jesucristo convenció desde luego, así al general como al gobernador, que primero perderían la vida que la fe.— No esperéis, respondieron á una voz, ni deslumbrarnos con vanas promesas, ni intimidarnos con grandes amenazas. No queremos honras á que está aneja una eterna ignominia, ni nos alimentamos con fantásticas quimeras. Toda nuestra fortuna, toda nuestra dicha y

toda nuestra gloria es morir por Jesucristo, único y verdadero Dios; porque esos vuestros ídolos son un pedazo inanimado de metal ó piedra, tan distantes de ser dioses, que ni aun por hombres los puede reconocer quien fuere racional.

El gobernador, que era naturalmente feroz, colérico y cruel, mandó que al instante los desarmasen, que los cargasen de hierro y que, habiéndoles despedazado á azotes, fuesen aplicados á la tortura. Fue asombro hasta de los mismos paganos la alegría con que padecieron estos tormentos; pero no eran más que preludio del cruel martirio que los esperaba. Siete días estuvieron los santos mártires cargados de prisiones en un oscuro calabozo, aumentándose cada día su aliento y su fervor. Al cabo de este tiempo, desesperando el gobernador y el general de poderlos reducir, los condenaron todos á muerte. Era hacia el fin del invierno, que en aquel país es rigurosísimo, y se aumentaba entonces el rigor con un frigidísimo Norte que soplaba á la sazón. Sentenciólos el juez á que muriesen todos al rigor del frío, exponiéndolos desnudos á la inclemencia del hielo.

Luego que los santos mártires tuvieron noticia de la inicua sentencia que se había fulminado contra ellos, se hincaron todos de rodillas y rindieron gracias al Señor por la merced que les hacía de derramar su sangre y dar su vida por su gloria. Después de esto, esforzándose unos á otros, se decían mutuamente: ¡Cuántas veces hemos despreciado la muerte en medio de los combates! ¡En cuántos casos hemos expuesto atolondradamente nuestra vida en servicio del Emperador! ¡Qué gloria, qué dicha, amados compañeros, padecer ahora en defensa de la justicia y de la verdad, y poder morir por aquel Señor que, por redimirnos á nosotros, ofreció su vida y derramó su sangre hasta la última gota! Levantando después todos las manos y los ojos hacia el Cielo, exclamaron

fervorosos: *Cuarenta entramos en el combate: número misterioso; haced, Señor, que todos cuarenta seamos coronados.*

Acabada esta oración, los sacaron de la cárcel cargados de prisiones, y los condujeron al lugar del suplicio. Era éste una laguna fuera de la ciudad, pero tan inmediata á las murallas, que casi las bañaba. Un frío de los más fuertes y de los más violentos que jamás se habían conocido tenía tan helada esta laguna, que pasaban por encima del hielo los caballos y los carros con toda seguridad. En ella habían sido condenados los santos mártires á pasar la noche; mas por que la tentación hiciese mayor guerra á la constancia, había mandado el tirano que enfrente de la laguna se encendiese una grande hoguera, y que estuviese prevenido un baño de agua caliente, con orden de pasar á él inmediatamente á los que, cediendo al rigor del frío, quisiesen renunciar la fe por salvar la vida.

Apenas llegaron á la orilla de la laguna, cuando ellos mismos se desnudaron con apresurada alegría y corrieron al suplicio con tanta intrepidez, que asombró á los asistentes; pero turbóse este gozo con un funesto accidente.

Ya el rigor del frío había producido en los cuerpos de los santos mártires espantosas grietas, causando horror el mirarlos, y siendo el dolor que los afligía el más vivo y el más agudo que apenas se puede discurrir. Los guardias se habían quedado dormidos al amor de la hoguera; sólo velaba el carcelero junto al baño caliente, cuando á media noche vio con mucho espanto suyo iluminado todo el espacio de la laguna que ocupaban los santos mártires, descubriéndose tan claro y tan resplandeciente como la luz del medio día. Levantó los ojos para examinar de dónde podía venir aquel

resplandor brillante, y advirtió un coro de ángeles, contando hasta treinta y nueve, que cada uno traía en la mano una corona. Ya no se le ofrecía razón de dudar de que el Dios de los cristianos era el único verdadero Dios, y que enviaba aquella tropa celestial para coronar la constancia y la fidelidad de sus generosos siervos. Pero ¿qué es esto?, se decía él á sí mismo: los que han combatido tan generosamente por la fe son cuarenta, y las coronas no son más que treinta y nueve. Así discurría el carcelero, cuando reparó que un infeliz apóstata, vencido del frío, había renegado de la fe, y, arrastrando por el hielo hacia la orilla de la laguna, venía haciendo señas con la mano para que le sacasen y le metiesen en el baño, declarando con esta demostración que estaba pronto á rendir adoración á los ídolos.

Alargóle la mano el carcelero; pero, apenas entró en el baño el infeliz, cuando expiró miserablemente, pasando desde el agua caliente á las eternas llamas del Infierno. Mas la bondad del Señor, que no quería fuese sin efecto la oración que le habían hecho los santos mártires, ni que el demonio triunfase insolente por más tiempo de su conquista, se dignó reemplazar prontamente al que se había perdido; porque, movido el carcelero de las maravillas que acababa de ver, y convertido de repente, se apresuró á ocupar la plaza que estaba vacante. Despierta á los compañeros; decláralos con valerosa intrepidez que ya es cristiano; protesta que renuncia con todo el corazón y con toda el alma las supersticiones gentílicas; despójase él mismo de sus vestidos; pide en alta voz á los santos mártires que rueguen á Jesucristo le conceda la gracia de morir en su compañía; corre esforzadamente á la laguna, y ocupa el lugar del soldado reprobado, mereciendo recibir visiblemente su corona. Fue universal é indecible la alegría de los santos campeones al ver acción tan generosa; y la fe viva y la magnanimidad del nuevo

compañero consoló luego el dolor de que estaban penetrados por la perdición del apóstata infeliz.

Aun daban señales de vida los santos mártires, cuando amaneció el día siguiente; de lo que, informado el gobernador, mandó que todos fuesen quemados, para que acabasen de expirar con nueva especie de agudísimos dolores. Sácanlos de la laguna, y arrójanlos á todos en diferentes carros para conducirlos á la hoguera. Sólo reservaron á Melitón, que, como el más joven, era también el más robusto de todos, y, habiendo resistido más á la violencia del frío, conservaba todavía bastantes espíritus vitales. Parecióles á los guardias que, separado de sus compañeros, sería más fácil vencerle. Pero su madre, que siendo cristiana no le había perdido de vista en los tormentos, elevándose sobre los movimientos de la naturaleza, y superior á la flaqueza del sexo, le cogió ella misma entre sus brazos, y conociendo en la dulce halagüeña alegría de sus ojos, ya medio apagados, el gusto que le daba en no apartarle de sus ilustres compañeros: *Anda, hijo mío, le dijo, ve á dar fin á tu sacrificio con la vida, para dar principio á otra dichosa, que no se acabará por toda la eternidad;* y diciendo esto le arrojó en uno de los carros.

Fueron echados los santos mártires en una grande hoguera; y aunque el gobernador dio orden para que sus cenizas fuesen arrojadas en el río, los cristianos, ya á fuerza de dinero, ya con otros arbitrios, tuvieron modo de recogerlas, extendiéndose tanto estas preciosas reliquias, dice San Gregorio Niseno, que apenas hay país en la cristiandad que no esté enriquecido con este tesoro, y donde no se profese singular veneración á los cuarenta mártires. Sus nombres, según se hallan en las actas más antiguas, son los siguientes: Quirión, Cándido, Domno, Melitón, Domiciano, Eunoico, Sisino, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Heliano, Ecdicio,

Acacio, Vibiano, Elio, Teóduío, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Cudión, Sacerdón, Prico, Eutiquio, Eutiques, Smoragdo, Filoctemon, Aecio, Nicolás, Lisímaco, Teófilo, Xanteas, Angeas, Leoncio, Hesiquio, Cayo y Gorgonio.

La Misa es en honra de estos Santos, y la oración es la siguiente:

Suplicámoste, ioh Dios omnipotente!, que experimentemos benignos, para favorecernos, á los gloriosos mártires que veneramos tan firmes para confesaros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 11 del apóstol San Pablo á los hebreos, y es la misma del día 6.

REFLEXIONES

No solamente vive el justo por la fe, sino que en cierta manera se puede decir que la fe es el móvil principal, ó á lo menos uno de los principales, de las mayores acciones del justo. La fe es la que infunde aquel gran valor, la que da aquel claro discernimiento, la que quita la máscara á los objetos más engañosos, la que descubre lo aparente de su brillantez; la fe sola, por obscura que sea, es la que produce en el alma verdaderas luces.

Tenemos poco amor á Dios, poca confianza en Dios, poca virtud y poco valor, porque tenemos poca fe. Se obra con desidia cuando se cree con tibieza. No digamos ya que el camino del Cielo es escabroso, que el yugo del Señor es pesado, que los frutos de la cruz son desabridos, que los Mandamientos de la Ley de Dios son arduos, que la misma ley es austera: digamos que nuestra fe está medio apagada, está agonizando, está casi muerta. Una

fe viva todo lo halla fácil.

Discurramos á proporción de la fe divina, como discurrimos sobre la eficacia natural de la fe humana. Por los efectos se ha de juzgar propiamente de la calidad de la fe.

Aquellos grandes del mundo, aquellos afortunados del siglo, aquellos hombres vanos que viven en la grandeza, que sólo sirven á sus pasiones, que idolatran en su concupiscencia, que gastan los días enteros en delicias y en pasatiempos; todas estas personas ¿creen, por ventura, en un Dios crucificado? ¿Creen las verdades terribles de nuestra religión? ¿Entran á la parte en el objeto de su fe las máximas de Jesucristo? ¿Creen que el Evangelio debe ser la única regla de su conducta?

Aquella mujer mundana, únicamente ocupada en sus entretenimientos; aquella á quien le han nacido las canas y las rugas en el juego, en las fiestas y en los espectáculos, ¿cree que para ser discípula de Cristo es menester renunciarse y negarse á sí misma? ¿Que la vida cristiana es una vida humilde y mortificada? ¿Que las diversiones del mundo están por la mayor parte emponzoñadas? ¿Que en él todo es lazos, todo es escollos, todo es peligros? Viviendo como se vive hoy en el mundo comúnmente, ¿habrá quien tenga valor para ser responsable de su fe?

El Evangelio es del cap. 6 de San Lucas.

En aquel tiempo, bajando Jesús del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud del pueblo de toda Judea, de Jerusalén y del país marítimo de Tiro y de Sidón, que habían venido á oírle y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran

curados. Y toda la multitud quería tocarle, porque salía de él una virtud, y curaba á todos. Y Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados ioh pobres! porque es vuestro el Reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del Hombre. Gózaos en aquel día, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el Cielo.

MEDITACIÓN

De la falta de perseverancia.

PUNTO PEIMEKO.—Considera los muchos que de todas partes concurrieron á oír y á seguir al Salvador del mundo, y los pocos entre toda aquella inmensa muchedumbre que perseveraron.

Más de cinco mil personas lo abandonaron todo, olvidándose hasta de su misma comida por seguirle en el desierto; pero esto no duró más que tres días. Cuando entró triunfante en Jerusalén, salió á recibirle fuera de la ciudad una prodigiosa multitud de pueblo, llenándole de aclamaciones; pero se acabó todo en pocas horas. De toda la Judea, y hasta de las partes más remotas de Tiro y de Sidón, concurría á enjambres todo género de gentes, así para escuchar sus divinas palabras, como para ser curados los enfermos de sus molestas dolencias. No hay quien no reciba algún beneficio de su poderosa mano; no hay quien no sea ó materia ó testigo de algún milagro. Pero icuántos réprobos se hallaron en aquella muchedumbre! Y de esto ¿quién tendría la culpa? El Salvador á ninguno excluye de su liberalidad benéfica, á

nadie niega su gracia. Aquella preciosa sangre derramada no solamente por nosotros, como dice el evangelista San Juan, sino universalmente por todos; aquella redención superabundante; aquellos amorosos solícitos convites; aquellos ejemplos concluyentes; aquellas divinas parábolas; todo esto prueba que, á la verdad, la perseverancia es efecto de la bondad de Dios, pero que la falta de ella es puramente obra de nuestra malicia. Es cierto que es menester pedir á Dios incesantemente el don de la perseverancia; pero no es menos cierto que ningún reprobó dejará de echarse á sí mismo la culpa, por toda la eternidad, de no haber perseverado.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay cosa en que más se deba pensar, ni que con mayor instancia se deba pedir á Dios, que el don de la perseverancia final, porque de ella depende nuestra eterna felicidad. Todo el secreto para conseguirla consiste en no aflojar jamás en el ejercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad, y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Seamos fieles á Dios, que Dios será fiel en cumplirnos sus promesas. Dios quiere seriamente que todos nos salvemos: querámoslo todos con la misma seriedad, y seguramente, mediante su divina gracia (que nunca nos faltará), todos nos salvaremos.

i Qué espantoso, qué terrible es el ejemplo del infeliz apóstata entre nuestros santos mártires! Había sufrido muchos tormentos con valerosa constancia; había confesado la fe con generosidad; casi tocaba ya el fin de su gloriosa carrera. ¡Oh Dios mío, y qué dichosos principios! Ea, que ya se ha vencido la mayor dificultad; una media hora no más, pocos instantes de padecer le merecían después una eternidad de descanso, de gozo, de delicias. Pero, en el mismo punto en que iba á recibir la corona, se disgusta, retrocede y apostata; sus

compañeros entran en la Gloria, y aquel infeliz en el mismo momento es precipitado en los Infiernos. Y á vista de esto, ¿habrá quien afloje en el servicio de Dios sin asustarse? ¿Habrá quien vuelva atrás sin estremecerse?

La caída fue espantosa, fue verdaderamente horrible; pero es muy verosímil que ya de antemano amenazaba ruina el edificio; y la oración que los santos mártires hicieron al entrar en el campo de batalla daba á entender bastantemente que no contaban igualmente con la virtud de todos.

Dichoso el hombre que perpetuamente desconfía de su propio corazón, y, por consiguiente, de su propia virtud; dichoso aquel que trabaja continuamente en el negocio de su propia salvación con temor y con temblor.

Divino Salvador mío, icuántos motivos tengo yo para gemir y para temer, á vista de mi infidelidad y de mis frecuentes reincidencias ! Pero todo lo espero de vuestra misericordia, y confío me habéis de conceder, por vuestra bondad y por la intercesión de la Santísima Virgen y de estos santos mártires, aquella perseverancia final que incesantemente os pido; como también la gracia de serviros en adelante con una inviolable fidelidad y con un fervor inalterable.

JACULATORIAS

Vos, Señor, habéis de fijar mis pasos en el camino del Cielo, para que no se tuerzan ni aun titubeen.—Ps. 16.

No, mi Dios, no aflojaré por cuanto hay en el mundo en el ejercicio de la virtud que comencé á practicar con vuestra divina gracia. Job, 27.

PROPÓSITOS

1. El que perseverare hasta el fin, dice el Salvador, ése se salvará. No basta perseverar si no se persevera hasta el fin. Ni se da la corona mientras dura el combate, porque es fruto de la victoria, y toda la vida es tentación y pelea. El medio de lograr esta perseverancia es conservar toda la vida una extrema delicadeza de conciencia, añadiendo á ella el ejercicio del Profeta Rey, que cada día renovaba su fervor como si en aquel mismo día comenzara. Comprende bien la utilidad de este ejercicio; nada te disimules, nada te perdones en punto de flojedad; el más leve descuido en esta materia debe asustarte. Has de mirar las más pequeñas imperfecciones como heridas ligeras, que pueden tener graves resultas si no se hace caso de ellas; y, según el consejo de San Gregorio y de San Crisóstomo, has de temer más, en cierta manera, las faltas leves que los pecados graves.

2. Cada día debes hacer cuenta que es el primero de tu conversión, haciendo á Dios todos los días alguna oración particular para conseguir de Su Majestad el don de la perseverancia final, y podrá ser la siguiente:

« Dios mío y Salvador mío, que únicamente me criasteis para que os amase, y que sinceramente queréis mi salvación: haced que yo corresponda eficazmente á una voluntad y á un fin que son tan ventajosos para mí. Mucho os costé, Redentor mío, y no habéis de permitir que yo me pierda. Suplicóos me concedáis, por los méritos de vuestra Santísima Pasión y Muerte, todas las gracias que necesito; pero, sobre todas ellas, la perseverancia final. Os la pido en nombre de vuestro muy querido Hijo, objeto de toda vuestra complacencia. Virgen Santa, interceded por mí para con vuestro Hijo preciosísimo ».